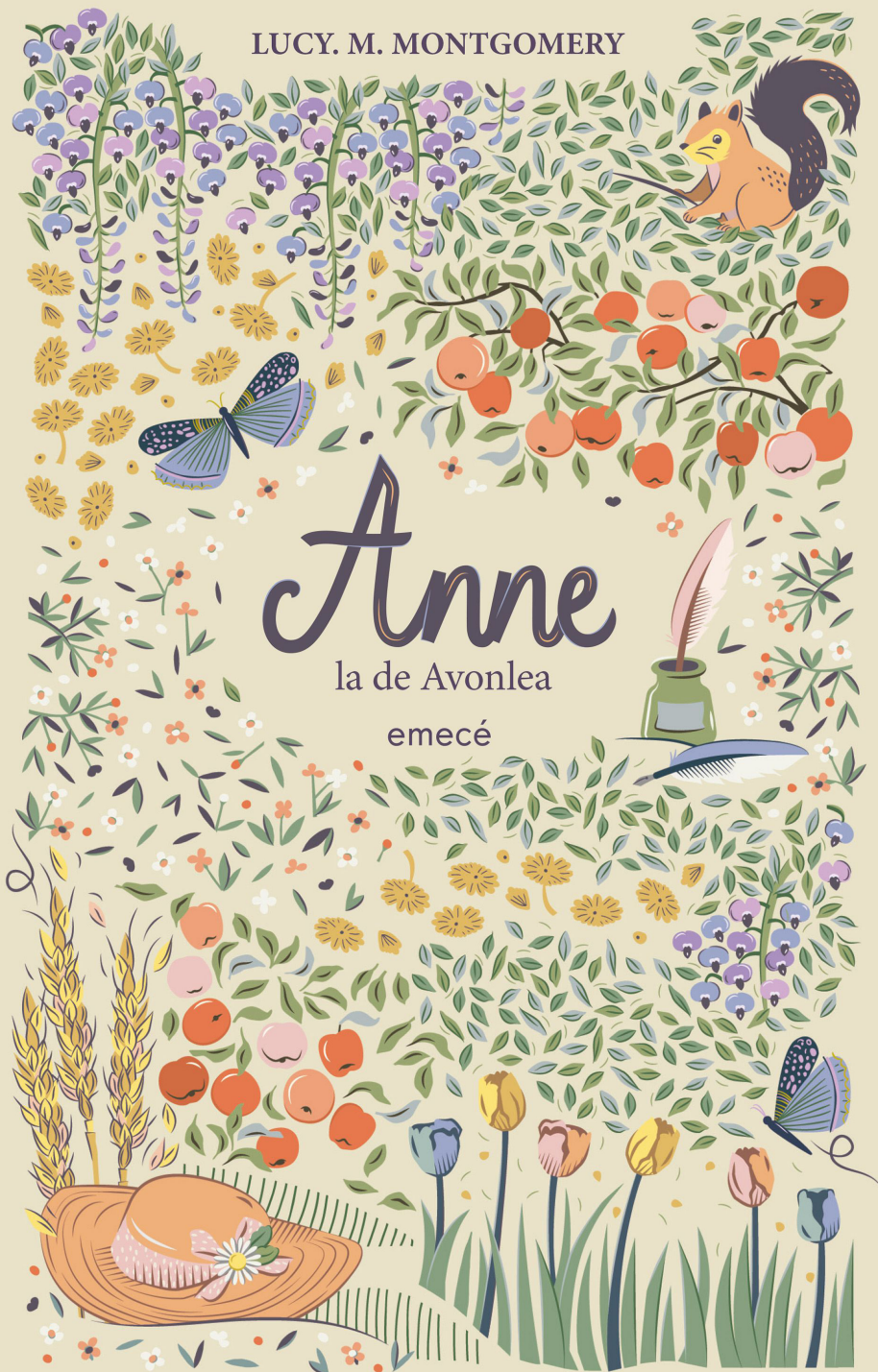


LUCY. M. MONTGOMERY

# Anne

la de Avonlea

emecé



LUCY. M. MONTGOMERY

*Anne*  
la de Avonlea

emecé

# Un vecino airado

Una muchacha alta y delicada, de poco más de dieciséis años, con serios ojos grises y un cabello que sus amigos llamaban «castaño claro», se había sentado una hermosa tarde de agosto sobre la ancha escalera de caliza roja de una granja en la Isla del Príncipe Eduardo, firmemente decidida a traducir cierto número de versos de Virgilio.

Pero una tarde de agosto, con las brumas azules que adornaban las cuestas cosechadas, con las brisas susurrantes como duendes entre los álamos y un danzarín esplendor de rojas amapolas que brillaban contra el oscuro seto de pinos jóvenes en un rincón del bosque de cerezos, se adaptaba más a soñar que a las lenguas muertas. El Virgilio se deslizó descuidadamente al suelo, y Anne, con la mandíbula entre las manos y los ojos sobre el espléndido banco de mullidas nubes que se extendían justo sobre la casa del señor J. A. Harrison como una gran montaña blanca, estaba muy lejos, en un mundo delicioso, donde cierta maestra de escuela llevaba a cabo una labor magnífica, modelando los destinos de futuros estadistas e inspirando las mentes y los corazones juveniles con elevadas ambiciones.

Hablando con franqueza, si se llegaba a la áspera realidad —cosa que, debemos confesar, Anne hacía muy pocas veces,

y solo por obligación—, no parecía haber material muy promisorio para celebridades en la escuela de Avonlea; pero no se puede decir qué puede pasar si una maestra emplea para bien su influencia. Anne poseía ciertas ideas rosadas sobre qué podía llegar a hacer una maestra solo con tomar por el camino correcto e imaginaba una escena, que ocurriría cuarenta años más adelante, con un famoso personaje —la razón exacta de su fama era dejada en una conveniente oscuridad, pero Anne pensaba que sería bastante hermoso que se tratara del presidente de un colegio o de un primer ministro del Canadá— quien hacía una gran reverencia frente a sus arrugadas manos y le aseguraba que ella fue quien había alentado por vez primera su ambición y que todo su éxito se debía a las lecciones que ella había prodigado tanto tiempo atrás en la escuela de Avonlea. Esta placentera visión fue hecha pedazos por la más desagradable interrupción.

Una vaquita Jersey apareció corriendo por el sendero y unos segundos más tarde llegó el señor Harrison... si es que «llegar» no fuera un término demasiado suave para describir su manera de irrumpir.

Saltó la empalizada sin esperar a abrir la puerta y enfrentó enojado a la sorprendida Anne, que se había puesto de pie de un salto y lo contemplaba algo perpleja. El señor Harrison era su nuevo vecino de la derecha y ella nunca lo había encontrado cara a cara antes, aunque lo había visto de lejos un par de veces.

A principios de abril, antes de que Anne regresara de la Academia de la Reina, el señor Robert Bell había vendido su granja, que lindaba con el predio de los Cuthbert por el oeste, y se había mudado a Charlottetown. Su granja había sido comprada por un cierto J. A. Harrison, cuyo nombre, junto con el hecho de que era originario de Nueva Brunswick, era todo cuanto se sabía de él. Pero antes de que estuviera un mes en Avonlea había ganado la reputación de ser un hombre raro, un «maniático»,

como había dicho la señora Rachel Lynde. La señora Rachel era, por cierto, una mujer que hablaba de más, como recordarán aquellos que ya la conocen. El señor Harrison era distinto de las otras personas, y esa era la característica esencial de un maniático, como todo el mundo sabe.

En primer lugar, manejaba él solo la casa y había declarado públicamente que no quería en sus posesiones esa tontería que son las mujeres. El sector femenino de Avonlea se vengó mediante horripilantes historias sobre su cocina y el manejo de la casa. Él había tomado a su servicio al pequeño John Henry Carter de White Sands y este fue quien echó a rodar las habladurías. En primer lugar, jamás había hora fija para comer en el establecimiento de Harrison. Este «echaba un bocado» cuando sentía hambre, y si John Henry estaba a mano en la ocasión, se acercaba a tomar su parte; pero si no lo estaba, debía esperar hasta el próximo momento de hambre del señor Harrison. El pequeño declaró tristemente que se hubiera muerto de hambre de no haber ido a su casa los domingos y hartarse allí, y gracias también a que su madre le daba una canasta de comida para que llevara de vuelta consigo los lunes por la mañana.

En lo que se refería al lavado de los platos, el señor Harrison nunca hacía el intento de llevarlo a cabo a menos que llegara un domingo lluvioso; entonces, se ponía a trabajar y los lavaba todos juntos en el barril del agua de lluvia y los dejaba allí hasta que se secaran.

Otra vez el señor Harrison fue tacaño. Cuando se le pidió que contribuyera para pagar el sueldo del reverendo Allan, dijo que esperaría a ver cuántos dólares de bondad sacaba de su prédica... Él no creía en eso de comprar las cosas a ciegas. Y cuando la señora Lynde fue a pedirle una contribución —y de paso a echar una mirada a la casa—, él le dijo que había más de pagano en las habladurías de las viejas de Avonlea que en cualquier otro lugar que conociera y que con muchísimo gusto contribuiría a sufragar la misión de cristianizarlas, si ella se hacía cargo de la

labor. La señora Rachel Lynde salió atada diciendo que era una suerte que la pobre señora Bell estuviera en su tumba, pues le hubiera roto el corazón ver el estado de la casa de la que tanto se enorgulleciera.

—¡Si la pobre rasqueteaba los pisos día por medio —le dijo a Marilla Cuthbert con tono indignado—, y si los pudiera usted ver ahora! Tuve que alzar me el vestido para poder cruzarlos.

Y para colmo, el señor Harrison criaba una cotorra llamada Ginger. Nadie en Avonlea había criado hasta entonces una cotorra; en consecuencia, el hecho fue considerado como muy poco respetable. ¡Y además, qué clase de cotorra! Si se le hacía caso a John Henry Carter, no había pájaro más hereje. Insultaba terriblemente. La señora de Carter hubiera retirado inmediatamente a su hijo si hubiera estado segura de conseguir enseguida otra ocupación para él. Además, Ginger le había arrancado un trozo de cuello a John Henry un día que se acercó a la jaula más de lo debido. La señora de Carter mostraba la marca a todo el mundo cuando el infortunado pequeño regresaba los domingos a casa.

Todas estas cosas cruzaron la mente de Anne cuando el señor Harrison estaba de pie ante ella, al parecer mudo de ira. Aun en un estado más amigable, no se podía considerar al señor Harrison como un hombre elegante; era bajo de estatura, gordo y calvo; y ahora, con su redonda cara enrojecida por la ira, con prominentes ojos azules que casi se salían de los órbitas, le pareció a Anne la persona más fea que jamás viera.

De pronto, el señor Harrison recuperó el habla.

—Esto no lo voy a aguantar —estalló— ni un solo día más, ¿me oye, señorita? Por mi alma, es la tercera vez, señorita... ¡la tercera vez! Le advertí a su tía que no volviera a ocurrir... y ella la dejó... ella hizo... Qué significa esto es lo que me gustaría saber y para ello estoy aquí, señorita.

—¿Me hace el favor de explicar qué es lo que ocurre? —preguntó Anne con su acento más digno. Lo había estado practicando

últimamente en forma considerable, para tenerlo bien ensayado cuando comenzaran las clases nuevamente. Pero el acento pareció no producir efecto sobre el airado señor Harrison.

—¿Qué ocurre, señorita? Ya lo creo que ocurre algo. Lo que ocurre, señorita, es que no hace ni media hora he vuelto a encontrar esa vaca Jersey de su tía entre mi avena. Es la tercera vez. Fíjese: la encontré el último martes y otra vez ayer. Vine a decirle a su tía que eso no debía volver a ocurrir. Y ella ha dejado que ocurriera. ¿Dónde está su tía, señorita? Quisiera encontrarla para decirle lo que pienso... lo que piensa J. A. Harrison.

—Si se refiere a la señorita Marilla Cuthbert, ella no es mi tía, y se ha ido a East Grafton para ver a un pariente lejano que está muy enfermo —dijo Anne, con el debido aumento de dignidad en cada palabra—. Siento mucho que mi vaca haya irrumpido en su avena; es *mi* vaca y no de la señorita Cuthbert. Matthew me la regaló hace tres años cuando era ternera y se la compró al señor Bell.

—¡Que lo siente mucho! El sentirlo mucho no va a arreglar las cosas. Vaya a ver los estragos que ha hecho su vaca en mi avena; la ha pisoteado toda.

—Lo siento muchísimo —repitió firmemente Anne—, pero quizá si usted conservara su cerco en mejor estado, Dolly no hubiera podido pasar. Es la parte suya de la cerca divisoria la que separa nuestros prados de su avena y he notado el otro día que no estaba en muy buenas condiciones.

—Mi cerca está bien —gruñó el señor Harrison, más enojado que nunca ante esta entrada del enemigo en su propio terreno—. La reja de una cárcel sería inútil para mantener fuera a ese demonio de vaca. Y le digo, pelirroja insignificante, que si esa vaca es suya, como dice, mejor haría usted en cuidar que no pisotee el grano de los demás en lugar de estar leyendo noveluchas amarillentas —concluyó echando una mirada al inocente Virgilio forrado de papel madera que estaba a los pies de Anne.

En esos momentos había algo rojo, además del cabello de Anne, que como sabemos era su punto débil.

—Prefiero tener cabello rojo a no tener nada más que una línea alrededor de las orejas —contestó.

El tiro dio en el blanco, pues el señor Harrison era muy sensible sobre su calvicie. La ira lo apresó otra vez y solo atinó a contemplar mudo a Anne, quien recobró su tranquilidad y aprovechó la ventaja.

—Lo puedo perdonar, señor Harrison, porque tengo imaginación. Puedo imaginar cuán doloroso es hallar una vaca en su avena y no le guardaré rencor por las cosas que ha dicho. Le prometo que Dolly nunca volverá a entrar en su campo. Le doy mi palabra de honor.

—Bueno, cuídese si no ocurre así —murmuró el señor Harrison en un tono algo más suave. Pero partió airado y Anne lo escuchó protestar hasta que se perdió en la distancia.

Con la mente tristemente turbada, Anne cruzó el campo y encerró a Dolly.

—No hay posibilidad de que salga, a menos que haga pedazos la cerca —reflexionó—. Ahora parece bastante tranquila. Me atrevería a decir que se ha enfermado con esa avena. Ojalá la hubiera vendido al señor Shearer cuando me la pidió la semana pasada, pero me pareció mejor esperar al remate, así se van todas juntas. Creo que es verdad que el señor Harrison es un maniático. Por cierto que en él no hay nada de espíritu gemelo.

Anne siempre estaba al acecho de espíritus gemelos.

Marilla Cuthbert llegaba al corral con el coche en el instante en que Anne regresaba de la casa, y la muchacha corrió a preparar el té. Discutieron el asunto en la mesa.

—Me alegraré cuando haya terminado el remate de ganado —dijo Marilla—. Es demasiada responsabilidad tener tanto ganado en el lugar, con nadie excepto Martin, en quien no se puede confiar, para cuidarlo. Todavía no ha vuelto y eso que



me prometió que regresaría anoche si le daba el día libre para ir al funeral de su tía. Te aseguro que no sé cuántas tías tiene. Es la cuarta que se muere desde hace un año. Estaré agradecida cuando llegue la cosecha y el señor Barry se haga cargo de la granja. Tendremos que tener encerrada a Dolly en el corral hasta que venga Martin, pues debemos ponerla en el prado trasero y debe arreglarse la cerca. Declaro que este es un mundo de dolor, como dice Rachel. Ahí tienes a la pobre Mary Keith muriéndose y no sé qué será de sus dos pequeños. Tiene un hermano en la Columbia Británica y le ha escrito sobre ellos, pero no tiene aún noticias.

—¿Cómo son los niños? ¿Qué edad tienen?

—Poco más de seis años... son mellizos.

—¡Oh, desde que la señora Hammond tuvo tantos, me interesan los mellizos! —dijo Anne—. ¿Son lindos?

—Te aseguro que no se podría decir; tan sucios estaban. Davy había estado fuera jugando con barro y Dora salió a buscarlo. Davy la metió de un empujón dentro del montón más grande de barro y entonces, como ella lloró, se metió él también y chapoteó allí para demostrarle que no había motivo para llorar. Mary dijo que Dora era realmente una buena niña, pero que Davy estaba lleno de maldad. En realidad no ha tenido educación. Su padre murió cuando era pequeño y Mary ha estado enferma casi siempre desde entonces.

—Siempre siento lástima por los niños que no han tenido educación —dijo Anne seriamente—. Usted sabe que yo no la había tenido hasta que se hizo cargo de mí. Espero que su tío se ocupe de ellos. Dígame, ¿qué parentesco exacto hay entre la señora Keith y usted?

—¿Entre Mary y yo? Ninguno. Su marido fue... primo tercero nuestro. Ahí viene la señora Lynde. Me pareció que vendría por noticias de Mary.

—No le cuente sobre el señor Harrison y la vaca —imploró Anne.

Marilla lo prometió, pero la promesa fue innecesaria, pues la señora Lynde no había terminado de sentarse cuando dijo:

—Vi al señor Harrison echando la vaca Jersey de su campo de avena hoy cuando regresaba a casa desde Carmody. ¿Armó mucho alboroto?

Anne y Marilla cambiaron furtivamente una sonrisa divertida. Pocas cosas en Avonlea podían escapársele a la señora Lynde. Aquella misma mañana, Anne había dicho:

—Si entrara alguien en su habitación, a medianoche, cerrara la puerta con llave, corriera las cortinas y *estornudara*, la señora Lynde diría al día siguiente que estaba muy fría la noche.

—Creo que se enojó mucho —contestó Marilla—. Yo no estaba en casa. Le dio un buen sermón a Anne.

—Me parece que es un hombre muy desagradable —dijo Anne, con un movimiento de ofensa de su rojiza cabeza.

—Nunca has dicho una verdad más grande —confirmó solemnemente la señora Rachel—. Supe que habría problemas cuando Robert Bell vendió su predio a un hombre de Nueva Brunswick, eso es. No sé qué será de Avonlea con tanta gente nueva. Pronto, uno ni siquiera estará seguro en su propia cama.

—¿Es que vienen más forasteros? —preguntó Marilla.

—¿No lo sabía? Ahí tiene a esa familia Donnell, en primer lugar. Han alquilado la vieja casa de Peter Sloane. Peter ha empleado al hombre para que cuide del molino. Son del Este y nadie sabe nada de ellos. Luego tiene la familia del descuidado de Thomas Cotton, que se mudará desde White Sands y será una carga pública. Él está tísico... cuando no roba... y su mujer es una comodísima criatura que no hace nada. Lava los platos *sentada*. La señora de George Pye se ha hecho cargo del sobrino huérfano de su marido, Anthony Pye. Irá a estudiar a tu colegio, Anne, de manera que puedes esperar problemas por ese lado; eso es. Y también tendrás otro alumno forastero, Paul Irving, viene de los Estados Unidos a vivir con su abuela. ¿Recuerda usted

a su padre, Marilla... Stephen Irving, ese que dejó plantada a Lavender Lewis en Grafton?

—No creo que la dejara plantada. Tuvieron una disputa... Supongo que fue culpa de ambos.

—Bueno, de todos modos no se casó con ella, y la pobre se ha vuelto muy rara desde entonces, según dicen, viviendo sola en la pequeña casa de piedra a la que llaman la Morada del Eco. Stephen se fue a los Estados Unidos y se dedicó a los negocios con su tía y allí se casó con una yanqui. Nunca volvió a su casa natal, desde entonces, aunque su madre fue a visitarlo un par de veces. Su mujer murió hace dos años y él mandó al muchacho aquí por un tiempo. Tiene diez años y no sé si será un alumno deseable. Nunca se puede aventurar nada sobre esos yanquis.

La señora Lynde contemplaba a todos aquellos que tuvieran la desgracia de nacer fuera de la Isla del Príncipe Eduardo con un decidido aire de duda. *Podían* ser buenas personas, desde luego, pero uno estaba sobre lo seguro al dudarlo. Tenía un prejuicio especial contra los yanquis. Su marido había sido defraudado una vez en diez dólares por un empleador en Boston y ni los ángeles ni las celebridades, ni poder alguno podría haber convencido a la señora Rachel de que todos los Estados Unidos no eran responsables de ello.

—La escuela de Avonlea no iría peor por un poco de sangre nueva —dijo Marilla secamente—, y si este muchacho se parece algo a su padre, será cosa buena. Stephen Irving era el mejor muchacho que haya vivido por estos lugares, aunque algunos lo llamaran orgulloso. Creo que la señora Irving estará muy contenta con el muchacho. Ha estado muy sola desde que murió su marido.

—Oh, el muchacho podrá ser bueno, pero será distinto de los niños de Avonlea —dijo la señora Rachel, como si eso terminara el asunto. Sus opiniones sobre cualquier persona, lugar o cosa eran siempre definitivas.

—¿Qué es eso que he oído de una sociedad de fomento del pueblo que van a formar, Anne?

—Solo conversé del tema con mis compañeros en el Club de Debates —dijo Anne ruborizándose—. Les pareció muy bien, al igual que al señor Allan y a su esposa. Muchos pueblos las tienen.

—Bueno, tendrán sinfín de dificultades si la forman. Mejor no te metas, Anne, eso es. A la gente no le gusta que la «fomenten».

—Pero no vamos a tratar de «fomentar» a la gente. Es a Avonlea. Hay muchísimas cosas que se le podrían hacer para embellecerla. Por ejemplo, ¿no sería una mejora que pudiéramos convencer al señor Levi Boulter de que derribe esa vieja casa en su granja?

—Por cierto que sí —admitió la señora Rachel—. Esa vieja ruina ha sido un manchón en la comarca por muchos años. Pero si los de «fomento» pudieran instar a Levi Boulter a que haga algo por el público sin que le paguen, quisiera estar aquí para verlo y oírlo. No quisiera descorazonarte, Anne, pues hay algo de bueno en tu idea, aunque supongo que la habrás sacado de alguna inútil revista yanqui, pero tendrás las manos ocupadas con el colegio y te aconsejo como amiga que no te preocupes del «fomento». Pero sé que seguirás adelante si se te ha metido en la cabeza. Eres de las que siempre llevan adelante las cosas.

Algo en el perfil de los labios de Anne decía que la señora Rachel no estaba errada. Tenía el corazón puesto en la formación de la Sociedad de Fomento. Gilbert Blythe, que enseñaría en White Sands pero que regresaría a casa los viernes por la noche hasta el lunes por la mañana, estaba entusiasmado con ello y la mayoría de los demás apreciaban la idea de algo que significara reuniones ocasionales y en consecuencia algo de «diversión». Ahora, respecto al «fomento», nadie, excepto Gilbert y Anne, tenía una idea muy clara al respecto. Estos habían conversado y planeado todo hasta que en su mente existió una Avonlea ideal, ya que no en otra parte.

La señora Rachel tenía otra noticia más.

—Le han dado la escuela de Carmody a una tal Priscilla

Grant. ¿Tú no fuiste a la Academia de la Reina con alguien de ese nombre, Anne?

—Sí, así fue. ¡Priscilla enseñando en Carmody! ¡Qué cosa más hermosa! —exclamó Anne, con los ojos grises iluminados hasta parecer estrellas, haciendo pensar nuevamente a la señora Lynde si alguna vez decidiría satisfactoriamente si Anne era o no una chica hermosa.

